

Luciano Olivera

LARGAVISTAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUCIANO OLIVERA
LARGAVISTAS

TUSQUETS
EDITORES

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Julián López	11
Náufrago	15
Abú	19
Sal Fina	25
Puerto	29
Margarita.....	35
Atraque	41
Tierra firme	47
Largavistas	53
Checho	57
Barco nupcial	63
Lustrabotas	69
Velázquez	73
Boneco	79
Kirsha	83
Pereira	87
Colombina	93
Crema de enjuague.....	99
Cabra y pez.....	103
Cementerio.....	105

Muerto de agua	109
El corral de la cabra	115
La Coca Cola	119
Los perros, los perros	127
El chalet	131
Los ardientes	137
Toros	145
Elsita	153
La plataforma	157
Derrota	161
El acidoso sabor	165
Club Plaza	169
El Panzón	177
Cajita de música	185
Perrera	191
Acordeón	195
Choque	201
Ballena herida	207
Otello	211
Donde el río deja	219
<i>Agradecimientos</i>	223

PRÓLOGO

Uno podría pensar que todo libro es una reconstrucción, que para llegar a esa forma de páginas que tienen lomo como los animales, la forma del libro y la de aquello que vuelve a construirse, tiene que haber existido la caída de un imperio, la llegada de un maramoto que borró las huellas, el portazo que nos dejó definitivamente fuera de la infancia. Uno no suele atisbarlo, es común que no se perciba con claridad cuándo el momento es clave hasta que se lo pasa y adquiere alguna perspectiva, hasta que el almanaque se marca solo, por la porfía de una experiencia que de verdad transforma.

Quizá también pueda tener la forma de la despedida de una ciudad, la obligación de todo un verano en una geografía que pertenece a la familia pero aun así resulta extraña, o la mudanza de una casa en la que uno fue feliz con tanto descaro como inconsciencia. Entonces un libro, los recortes hilvanados de una historia, un punto de vista que por serlo es úni-

co aunque también pueda ser compartido, puede pensarse como una hipótesis que quien escribe se plantea ante la aparición de una angustia que no puede seguir disimulando y que lo empuja a hacer diagramas, a tirar líneas, salvavidas, a dibujar croquis, a intentar ensayos de memoria y puestas en escena de las posibles razones por las que le tocó atravesar el camino que atravesó.

El libro de Luciano Olivera lo muestra decidido a iniciar el viaje, a meterse sin miedo en el sendero caprichoso —a veces encantador, a veces amargo— del recuerdo, en la estrategia de una acumulación memoriosa de los signos de la infancia y de esa versión del mundo que se forja insolente, torpe, llena de voluntad y ansiosa en los años en los que se mira todo con la avidez del que siempre está descubriendo. Como todo relato de aventuras, éste está lleno de peripecias, pero además de la cabriola divertida en cada uno de estos eventos se dejan ver los modos con los que el clan marca a su prole y también la traducción con la que el protagonista va a leer el mundo. Un padre como un tótem imponente que irradia de soledad, una madre, empalizadas portuarias para la despedida, hermana, primos, tías y tíos tan variados como reconocibles, Argentina y Uruguay, Buenos Aires y Colonia, fútbol, muelles, ferrys sobre el Río de la Plata, ilos perros fundamentales!, la arena y un Abú que ofrece un dispositivo que es tanto amuleto de *poderes mágicos* como

verdadera clave de lectura: un largavistas *para cuando extraños*.

Hacerse adulto es aceptar que *ese mecanismo de dos cristales con forma de ojos grandes de un lado, otros dos más chiquitos del otro y una rueda en el medio* tiene un límite preciso, que el aumento posible sobre el horizonte que se mira llega a un tope que no se puede traspasar. Pero aunque no venga en *una caja finita que parece una cigarrera*, un libro también es un mecanismo para acercar lo que quedó lejano y fuera de la vista ordinaria, lleno de extrañeza y de nostalgia. Por eso, si los largavistas se perdieron en el imperio derrumbado de la infancia, cuando uno quiere entender o ver más de cerca, lo mejor es sentarse a escribir un libro, o a leerlo, que es casi lo mismo.

JULIÁN LÓPEZ

NÁUFRAGO

Perdí la cuenta de las veces que crucé el Río de la Plata. ¿Más de cien? No sé, es parte de mi vida. Cuando se terminaban las vacaciones y volvíamos a la rutina del colegio, mis compañeros contaban sus aventuras en el mar, sus paradas en Atalaya o en el ACA de Dolores. Yo en cambio les hablaba del Pontón Recalada o de la isla del Farallón. Me miraban extrañados, jamás se habían subido a un barco. Voy al Uruguay y no sólo de paseo. Allí está buena parte de mi vida. Allí se me dibujaron varias marcas de lo que soy.

No sé si llamarlo amigo, no sé si un río puede serlo, pero tiendo a personificarlo, a darle carácter. Me gusta su color dulce de leche, el oleaje suave, que sea tibio al esperarme en las playas de Colonia. También me asusta. Sé que puede ser muy bajo —apenas veinte o treinta centímetros de profundidad en algunos bancos— y a la vez muy profundo. Hay traición debajo de ese marrón manso.

Siempre me apasionaron los naufragios, sobre todo los de los grandes buques del siglo XX. Investigué los del *Titanic*, el *Lusitania*, el *Principessa Mafalda*. Un día, revisando diarios viejos, encontré uno que me llamó la atención: el del *Ciudad de Asunción*, un vapor de la Carrera que unía Buenos Aires con Montevideo por la noche en un viaje largo –algo más de nueve horas– que alguna vez hice y que ahora no viene a cuento. Las crónicas dicen que, de madrugada y en medio de una fuerte bruma, el capitán perdió el rumbo y se salió de las boyas que delimitaban el canal. Fue un descuido fatídico. La nave no tardó en chocar contra una quilla sumergida que abrió una enorme fisura en el casco. Millones de litros de agua entraron en poco tiempo, más que suficientes para hundirlo sin remedio. El lecho no estaba lejos, a unos cinco o seis metros, entonces el *Ciudad de Asunción* no se partió, no se fue a pique, ni siquiera escoró. Simplemente se llenó de río, despacio, hasta posarse en el fondo. Hay una foto, es extraña. Se ven la cubierta, el puente y la torreta, todo en perfecto estado. El barco ya está casi oculto, pero la parte superior quedó fuera del agua. La imagen me da un poco de paz. Pienso que si naufragara, al menos podría sobrevivir ahí arriba hasta que alguien me rescatase. Nado mal y ya es un poco tarde para solucionarlo.

No recuerdo mi primer viaje. Debe haber sido de bebé, me habrán llevado para que me conozcan tías y

abuelos. Tengo fotos abordando a upa. Hay una que me encanta, con el puerto de fondo. Estoy en brazos de mi padre y por detrás asoma mi hermana mayor. No nos veo tan parecidos como suelen decirnos, pero nos une un detalle: los ojos. O más bien la mirada. Un bebé de meses, una nena y un adulto, los tres viendo el mundo con la misma perspectiva inquisidora, aguilena. Ahí sí, ahí noto el hilo de la sangre.

Decía que no recuerdo el primer viaje pero es una verdad a medias, porque —a mi modo— me armé un debut. Son retazos unidos por la memoria. Para enmarcarlo, le pongo una causa y entonces digo que esa vez nos dimos a la mar para aliviar una pérdida: la de Margarita.

El ferry salía a las ocho de la mañana de Dársena Sur, Brasil al fondo, a la derecha. Papá y mamá decían que había que estar dos horas antes porque los trámites eran largos. Para llegar a tiempo desde Lomas de Zamora, debíamos levantarnos a las cuatro de la mañana. Pasamos la noche en lo de la tía Melucha, que vivía frente al Parque Lezama, a un taxi de pocos pesos del puerto. Melucha andaba por los cincuenta años, era mi madrina y yo, su preferido. Preparaba unas tortillas de papas al aceite de oliva que eran mi perdición. Cuando las cocinaba, el departamento entero se llenaba de aromas que me volvían loco y me despertaban el apetito. Como era un esmirriado que no comía nada que no me gustara, Melucha me consentía. Me hacía tortilla y también milanesas de las que sólo aceptaba el pan frito y dejaba la carne sin tocar. Todos miraban para otro lado, cualquier cosa con tal que Panchito se alimentara.

Quedarse en lo de Melucha era también dormir en

el cuarto de mi tío Ernesto, mi Abú. Le decía así porque, como lo veía viejo, lo sentía abuelo. Abú no podía más de rezongón, de malhumorado. Odiaba todo. La política, el deporte, la vida. Lo mandaban de compras y siempre se peleaba con alguien, por lo que le viniese en gana. No dormía con mi tía. No parecían pareja, no se hacían un mimo, ni siquiera tenían hijos. Alguna vez escuché que era porque no se le paraba y no entendí qué cosa se le tenía que levantar.

Yo fui una de sus escasas alegrías. Me amó más que yo a él porque, la verdad, me daba mucha impresión que comiera con la boca abierta y que oliese a vejez. Usaba pijama casi todo el día y a veces se le veía la entrepierna salpicada de pis. Melucha se la señalaba con asco, adelante de cualquiera. No sólo no se amaban, se odiaban, aunque terminaron su vida previsiblemente juntos.

Abú fue un personaje muy importante para nosotros, una especie de reaseguro. Le consiguió trabajo a mi viejo cuando eran jóvenes, salió de garante de varios alquileres, avaló créditos. Una vez por semana tomaba el 51 hasta Lomas de Zamora y hacía una hora de viaje para visitarnos. Antes de irse, dejaba arriba de la heladera un billete que mamá siempre intentaba rechazar y él cada vez, con tono calmado, le detenía la mano y repetía «acéptelo, Estela, dese algún gustito, usted es joven...». Luego se calzaba el bombín que usaba aunque hicieran cuarenta grados y se iba cami-

nando despacio, arrastrando los mocasines marrones gastados.

Era un nene y me fijaba más en el bolo que daba vueltas entre sus dientes amarillos que en su bondad. En las comidas buscaba sentarme lejos, porque me daba arcadas. Su vejez apestaba, pero claro que lo quise, lo quise mucho. Pasé tardes enteras a su lado, viendo *Bonanza*. Cada vez que terminaba un capítulo, sonreía satisfecho y decía: «¡Estos sí que actúan bien!». Papá se burlaba, para él, que amaba a Mastroianni, alabar a Michael Landon era de tano bruto. Yo estaba de acuerdo con mi Abú, esos cowboys me parecían geniales.

Cuando terminaba el programa, abría un mueble bajo de madera lustrosa y sacaba una botella de fernet y dos vasitos. Servía una medida para él y media para mí. Chocábamos las copas y con un gesto me animaba a tomarlo «porque hace bien». Me daba asco ese líquido negro y espeso parecido al Chofitol, pero lo aceptaba porque era un trato entre nosotros, porque lo sacaba a escondidas, porque el mueble olía rico, porque me decía que era cosa de grandes.

Ese hombre era el marido de Melucha y no estaba entero. Algo no se le paraba. El problema debía ser grave, porque ella era una tromba rubia un tanto excedida de peso, con taquicardias que la hacían visitar al cardiólogo muy seguido, jaquecas que combatía con sobredosis de Saridón y un pasado evidente de armas

tomar. En el living abundaban las fotos de vacaciones en Río de Janeiro. En todas se la veía en traje de baño o vestidos escotados, con el fondo de la Copacabana descontrolada de los cincuenta. En varias posaba con su amiga, la que vivía en el departamento de enfrente. Un par de veces me llevó a tomar el té a su casa. Recuerdo veladores rojos, a la mujer en bata, muy perfumada, maquilladísima y fumando Jockey colorados. Y recuerdo también que, aunque era un nene, algo en esa señora me inquietaba.

Mi viejo tío no había ido a esas vacaciones. Dormía en el otro cuarto, vivía en sus propias antípodas. Ella era de Boca y gritaba los goles por la ventana que daba a la Bombonera; él detestaba el fútbol. Ella veneraba a Perón y vivaba al Tío Camporita; él odiaba sacar la libreta de enrolamiento para algo tan ridículo como votar. Ella era noctámbula; él una alondra. Y para colmo, no se le paraba.

El teléfono de ellos era el 30-2353 y el nuestro, el 243-2272. No me acuerdo del número de mi celular actual, pero estos dos, de hace cuarenta años, me salen sin dudar. Una vez sonó el de casa. Por el parlante del tubo del ENTel gris, una Melucha quejosa le contaba a mamá que estaba sin luz «y con Ernesto, encima...». Papá se rio. «Con Ernesto encima. Eso es imposible».

¿Dónde dormían mis viejos y mi hermana en esas pernoctadas? ¿Tiraban unos colchones en el living, junto al combinado en el que Melucha escuchaba ran-

cheras de Aceves Mejía o boleros de Jorge Negrete y yo jugaba a sintonizar radios de la Unión Soviética? No lo recuerdo, será que no me importaba. Yo le seguía los pasos a mi Abú, que se retiraba a las ocho de la noche, poco después de terminada la serie de los hermanos Cartwright. Había nacido en el campo, en 1897, y mantenía la costumbre de dormirse con la última luz del sol y despertarse con el gallo. Aunque fuese temprano, a mí me divertía irme a la habitación con él. Antes, buscábamos bajo la puerta de entrada el ejemplar vespertino de *La Razón* para descifrar juntos «El juego de los siete errores», leer a «Don Fulgencio, el hombre que no tuvo infancia» y devorar el «Divúlguelo» con el que aprendí las distancias del sistema solar o cómo funciona un motor de dos tiempos. Después me acostaba y le pedía que me contara alguna historia de caballos de su 9 de Julio natal. Me gustaba sentir su alegría; la voz parecía cantarle con sus anécdotas de jinete, como Ben, el patriarca de *La Ponderosa*. Me hablaba de carruajes, de postas y de su caballo preferido, un tordillo —con un buen chorro de pura sangre— que se llamaba Sal Fina.

Esa noche, la que mi memoria transformó en primera, de un escritorio en el que apoyaba una caja de madera y tapa de vidrio llena de insectos disecados sacó un manual de veterinaria y me mostró dibujos de corceles, cada uno con sus pelajes y sus nombres. Ha-

bía alazanes, tostados, malacaras. Acercó la lámina a la luz, señaló uno blanco con manchitas grises.

—¿Ves? Así era el Sal Fina.

—Parece que se está riendo —le dije. Me explicó que si tenían las orejas para adelante estaban alegres y confiados y que si las tiraban para atrás estaban asustados.

—Nunca vayas hacia un caballo de frente porque tienen los ojos de costado y nos ven como monstruos, los espanta —me dijo, y yo le juré que no, que nunca les iba a ir de frente—. Hay que acercarse de lado, despacio, estirando las manos con las palmas hacia arriba, así, ¿ves? Sin miedo porque si no lo huelen y se van —y yo le prometí que no, que nunca iba a tenerles miedo. Se paraba, gesticulaba, parecía que estaba de nuevo en la cochería del pueblo, entre galeras y carrozas, amansando pingos.

Me moría de sueño, pero quería más. Le preguntaba cuánto podían correr, qué comían, cómo dormían. No quería cerrar los ojos, necesitaba su voz. Lo vi cerrar el libro. Di media vuelta, saqué un pie fuera de la sábana, puse mi mano derecha debajo de la almohada, dejé de pelear y, con prestancia, me dirigí a la caballeriza.